

La urbanización del espacio rural en los países desarrollados¹

Hubert C. de Grammont²

Resumen: En este trabajo nos proponemos reflexionar sobre las condiciones históricas que prevalecieron en los países industrializados y permitieron primero la separación de la ciudad del campo con la concentración de la actividad económica y de la población en la ciudad, y ahora propician un proceso de contraurbanización, o descentralización industrial y demográfica, hacia los espacios rurales. Postulamos que son los cambios en los mercados de trabajo provocados por las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC), los que explica nesta contra urbanización.

Palabras claves: Espacio rural, urbanización, mercado de trabajo, contraurbanización, nueva ruralidad.

The urbanization of rural space in developed countries

Abstract: *In this paper we discuss the historic conditions in industrialized countries which first allowed separating the city from the countryside, with concentrations*

1 Este trabajo es parte de una investigación sobre “Mercados de trabajo, migración campo-ciudad y estructura ocupacional en el campo: una visión histórica”, financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (beca 171623) y por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM (PASPA). Agradezco la Cátedra Nycole Turmel de la Universidad de Quebec en Montreal (UQÀM) por haberme recibido durante mi año sabático (2012) y haberme dado todas las facilidades necesarias al buen desarrollo de esta investigación.

2 Instituto de Investigaciones Sociales -Universidad Nacional Autónoma de México - Cidade do México - México - hubert@unam.mx.

of the economic activity and population within the city, and which now favor a counter-urbanization process, or industrial and demographic decentralization through rural space. We suggest this counter-urbanization tendency can be explained by the changes in labor markets provoked by new information and communication technologies (ICT).

Keywords: *Rural space, urbanization, labor market, counter-urbanization, new rurality.*

A partir de la década de 1970 diferentes autores llaman la atención sobre la aparición de una novedosa tendencia de desconcentración de la población desde las áreas metropolitanas hacia las zonas rurales debido a un saldo migratorio favorable a estas últimas. Este importante descubrimiento contraviene la secular tendencia de la concentración de la población en las ciudades a partir de la revolución industrial. En contra-posición con el concepto de “urbanización” que consiste en la concentración de la población en las grandes ciudades a partir de la revolución industrial, en 1976 el conocido geógrafo norteamericano Brian Berry apuntala el concepto de “contraurbanización” para destacar el surgimiento de un proceso de migración neta favorable a las zonas menos pobladas de los Estados Unidos (Berry, 1976). La observación del autor queda en un nivel muy general. Habla de desconcentración de la población de las áreas metropolitanas hacia las áreas no metropolitanas y se pregunta si esta contratendencia no se debe a una predisposición cultural típicamente norteamericana marcada por el espíritu de colonización, el gusto por la naturaleza, la movilidad y el individualismo.

A pesar de sus limitaciones, la observación de Berry marca el inicio de un fructífero ciclo en los estudios urbanos en todos los países industrializados, pero también en países pobres y algunos del mundo socialista. A partir de esta sorpresiva constatación, se afinan las metodologías para captar los movimientos de la población, y, si bien durante los años ochentaciertos autores ponen en duda la existencia de una tendencia de largo plazo, a la vuelta del siglo existe un consenso sobre la desconcentración de la población en tres escalas geográficas: en la periferia de las grandes ciudades (su zona de influencia), en pequeñas ciudades dispersas y hasta en localidades rurales alejadas. También, con la aparición del fenómeno de los *commuters* por la modernización de los medios de transporte y de telecomunicación, se pone en evidencia la necesidad de diferenciar el lugar del trabajo del lugar de residencia de los individuos (Ferrás Sexto, 2009; Nelson, Oberg, Nelson, 2010).

Los estudiosos de la contraurbanización se han preocupado por elaborar metodologías adecuadas para medir de manera cada vez más fina los

movimientos de población en diferentes espacios (local, regional, nacional, internacional) y han logrado precisar el planteamiento inicial hecho por Berry. Para explicar este proceso contra-cíclico se aducen dos tipos de argumentos. Por un lado, se destaca que la modernización del transporte permite mayor movilidad de la población mientras los nuevos medios de telecomunicación (telefonía, internet) permiten estar en comunicación permanente y en tiempo real. Por otro lado, se plantea que muchos ciudadanos optan por salir de la ciudad para conseguir una mejor vivienda y un estilo de vida más agradable. Pueden ser personas en edad productiva que deben combinar su lugar de vida con su lugar de trabajo, cuyas posibilidades van desde trabajar en casa hasta ser *commuters*, o personas jubiladas que solamente buscan un espacio de vida agradable y barato.

De manera paralela a los estudios urbanos sobre la contraurbanización pero sin conexión con ellos, los ruralistas franceses estudian las profundas transformaciones del mercado de trabajo en el campo. Un año antes del trabajo de Berry, Alain Berger (1975) publica su libro *La nouvelle économie de l'espace rural* en el cual analiza los cambios en las actividades económicas rurales. Apunta tres procesos que van de la mano. Primero, destaca la constante disminución de la población agrícola por la tecnificación, al punto que, a menudo, las granjas no alcanzan a dar trabajo a una persona de tiempo completo, y que las familias de los agricultores, aprovechando la disponibilidad cada vez mayor de mano de obra familiar, emprenden negocios propios no agrícolas (turismo u otro) o trabajan como asalariados en pequeñas y medianas empresas manufactureras establecidas en el campo. Segundo, observa que, a pesar de la expulsión de la mano de obra de la agricultura, el « éxodo rural », entendido como la migración masiva de la población del campo hacia la ciudad, ha terminado. En su lugar se han establecido flujos migratorios más complejos tanto del campo hacia la ciudad como de la ciudad hacia el campo. Si bien el saldo migratorio suele ser negativo para el campo en las regiones esencialmente agrícolas, es positivo en las regiones en donde la industria coexiste con la agricultura. Tercero, constata el crecimiento de la población no agrícola en las regiones rurales. Recalca el cambio en las actividades económicas rurales en donde la agricultura tiene cada vez menos importancia frente a las actividades del sector manufacturero y de servicios. Destaca que el fortalecimiento del sector secundario y terciario se da en las regiones con infraestructura adecuada y es propio de pequeñas o medianas empresas, a menudo subcontratistas de grandes compañías. El autor precisa que es una situación propia de los países industrializados y, además del caso francés, lo ejemplifica con Inglaterra, Italia y los Estados- Unidos.

Este libro abre una nueva perspectiva sobre el mundo rural. No solamente aparecen numerosos estudios sobre las transformaciones del campo, sino que se realizan diferentes propuestas metodológicas para abandonar la tradicional clasificación bipolar entre las localidades rurales y urbanas. Con esas nuevas herramientas el gobierno francés pone en marcha políticas de descentralización cada vez más efectivas para apoyar la diversificación de las actividades rurales. Según los autores, esta nueva situación en el campo se conoce como la nueva ruralidad, la rurbanización o la multifuncionalidad (C. de Grammont, 2010).

Las razones aducidas para explicar estos cambios son las mismas que para la contraurbanización: modernización del transporte y de las telecomunicaciones (telefonía, internet), descentralización de la industria o de los servicios, adquisición de una mejor vivienda y un estilo de vida más agradable. Sin embargo, la diferencia en la perspectiva de la contraurbanización (desde la ciudad) y de la nueva ruralidad (desde el campo) establece sesgos propios a cada enfoque. En la perspectiva de la contraurbanización aparece más claramente la difusión de la urbanización desde la periferia cercana (periurbanización) hasta las regiones rurales lejanas, mientras en la perspectiva de la nueva ruralidad se tiene una visión más precisa de la dinámica de la población rural, en particular de la población agrícola que no aparece en los estudios desde la ciudad, y de los diferentes procesos de industrialización difusa. La contraurbanización y la nueva ruralidad representan entonces las dos facetas de una nueva relación entre el campo y la ciudad que corresponde al fortalecimiento de procesos de descentralización de la producción así como de la desconcentración de la población hacia el campo. Aunque durante la década de los ochenta numerosos estudiosos pusieron en duda la permanencia de este nuevo fenómeno, atribuyéndolo a un simple fenómeno coyuntural por la crisis económica, hoy podemos hablar de un claro consenso sobre la profundidad de los cambios en la relación campo-ciudad, los cuales marcan una verdadera mutación de estos espacios sociales (Champion, 1989; Keeble, 1989; Fielding, 1989; Fuguitt and Beale, 1996; Font, 2000; Hoggart and Keith, 2007; Ferrás Sexto, 2009; Nelson, Oberg and Nelson, 2010; Champion, 2011). Los procesos analizados por ambas perspectivas, la anglófona y la francófona, marcan una ruptura y esto es un hecho mayor que debemos reflexionar con cuidado.

Sin embargo, hasta ahora los estudios, tanto sobre la contraurbanización como sobre la nueva ruralidad, se han dedicado esencialmente a medir la naturaleza y profundidad de los cambios, tarea necesaria para establecer los parámetros de los procesos en curso, pero estos esfuerzos de instrumentalización no desembocaron en una reflexión teórica suficiente para establecer el alcance de estos cambios.

Si bien algunos autores han señalado que este proceso se debe al paso del fordismo al postfordismo, a la “japonización” o a la globalización (Vartiainen, 1989; Champion, 1989; Fielding, 1987; Cloke and Goodwin, 1992), sólo unos pocos desarrollan su argumento (Font, 2000; Murdoch, 2006). Sin embargo, si asumimos que nos encontramos frente a una ruptura similar a la que se dio durante la revolución industrial con la separación entre la ciudad y el campo como lo afirma A. G. Champion (1989), ampliar nuestra reflexión teórica sobre esta transformación es una tarea necesaria.

Por eso, en este trabajo nos proponemos reflexionar sobre las condiciones históricas que prevalecieron en los países industrializados y permitieron primero la separación de la ciudad del campo con la concentración de la actividad económica y de la población en la ciudad, y ahora propician un proceso inverso de revitalización del espacio rural. Primero estudiaremos la paulatina conformación de ambos espacios sociales durante la revolución industrial y su consolidación a lo largo del siglo XX con la concentración de la industria en la ciudad y la especialización del campo en la agricultura, procesos que propician la migración de la población rural y la concentración demográfica en la ciudad. Luego, estudiamos cuales son las condiciones que propician la sorprendente inversión de esta relación de centralización urbana a una descentralización ahora favorable al medio rural, descubierta de manera simultánea por Brian Berry en los Estados Unidos y por Alain Berger en Francia a mediados de los setenta.

James Stuart (1767) es el primero en demostrar que la separación de la ciudad industrial del campo es el resultado de la división del trabajo propiciada por los avances tecnológicos. Luego Adam Smith y Karl Marx retoman, cada uno a su manera, esta problemática pero reconocen que la relación entre estos dos espacios sociales se define esencialmente por los movimientos de población impulsados por las necesidades de mano de obra que se generan en los diferentes sectores productivos: el sector agrícola en el campo, el sector manufacturero y de servicios en la ciudad. Retomando este planteamiento, postulamos que son los mercados de trabajo los que determinan, en grandes líneas, los flujos migratorios entre el campo y la ciudad. Así, durante el largo período que va de la revolución industrial hasta el surgimiento de la sociedad del conocimiento, estos flujos se dan desde el campo hacia la ciudad por un doble proceso complementario: la disminución del empleo agrícola en el campo y la concentración del empleo industrial y de servicios en la ciudad. Siguiendo esta premisa, son los cambios en los mercados de trabajo en la sociedad del conocimiento los que explican los procesos de contraurbanización, con sus migraciones en cascada

desde las grandes ciudades inicialmente hacia sus periferias, luego hacia localidades cada vez más lejanas hasta inmiscuirse en localidades rurales alejadas pero con buena infraestructura de transporte y telecomunicación. Planteamos también que los mercados de trabajo se construyen a partir de la relación que se establece entre los aparatos productivos y las formas de organización del trabajo. Ambos elementos son indisolubles ya que las tecnologías permiten cierto tipo de organización del trabajo pero, a su vez, la organización del trabajo permite el uso de ciertas tecnologías (Gollac, 1989; Greenan, 2002). Es en este contexto que los trabajadores construyen sus “estrategias de empleo” y los patrones sus “estrategias de demanda de trabajo” (Garza de la, 2008). El eje de reflexión de este trabajo se centra, entonces, en el análisis de la evolución de los mercados de trabajo urbanos y rurales y sus efectos primero sobre los procesos de concentración, luego de desconcentración económica y demográfica, a partir de la revolución industrial y hasta la fecha.

Distinguimos tres etapas en la conformación de los mercados de trabajo: la revolución industrial, el capitalismo industrial y la sociedad del conocimiento. En cada período encontramos la existencia de un mercado de trabajo específico que conforma una relación campo-ciudad particular. Concluimos que son las actuales condiciones de los mercados de trabajo en la sociedad del conocimiento las que permiten el surgimiento de la contraurbanización gracias a la modernización del campo (transporte y servicios) pero más que todo a las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC) que permiten ahora la descentralización industrial hacia las zonas rurales, acabando así con la vieja dicotomía campo-ciudad planteada por Henry Maine (1861) y retomada hasta Robert Redfield (1960), pasando por Emile Durkheim (1893). Para la revolución industrial ejemplificamos con el caso paradigmático de Inglaterra, mientras para los dos siguientes períodos nos referimos a los países industrializados, esencialmente los Estados Unidos y Europa occidental. Optamos por dejar en nota de pie de página los datos concretos que nos permiten ilustrar las afirmaciones hechas en el texto para aligerar nuestro argumento.

La revolución industrial

Es la revolución tecnológica la que permite la generalización de la división social del trabajo y, por ende, la concentración de la industria en la ciudad mientras en el campo queda esencialmente la producción primaria (agropecuaria, silvicultura y minería) que no es disociable de su entorno natural. Sin embargo, hay que ver este proceso de conformación de los dos grandes espacios

sociales, el rural y el urbano, como una tendencia asintótica que tiene diversas maneras de desarrollarse según las peculiaridades históricas de cada país.

En Inglaterra, primer país en iniciar este proceso, en el siglo XVII el trabajo manufacturero-artesanal se da esencialmente en el campo, en el marco de la “industrialización doméstica” (Dobb, 1975), aprovechando la mano de obra familiar de los campesinos pobres que no encuentran empleo en la agricultura. En las ciudades, que no son más que pequeñas localidades, los talleres artesanales ocupan unos pocos trabajadores, que normalmente no son asalariados sino que tienen el estatuto de aprendiz.³ Estos talleres producen esencialmente bienes de consumo para las élites, incluyendo las armas necesarias al ejercicio del poder. No se trata aún de un consumo masivo, propio del capitalismo, sino de un consumo de lujo destinado a un muy reducido grupo de la población con cierto poder económico y esencialmente ubicado en la ciudad. Todavía cada unidad de producción produce la mayoría de sus herramientas que son muy sencillas. La separación entre la fabricación de los bienes de producción y los bienes de consumo se hará necesaria sólo hasta alcanzar cierto nivel de complejidad en el desarrollo tecnológico.

Es con el incremento de las innovaciones tecnológicas que se crean talleres de mayor tamaño en los cuales se inician relaciones asalariadas entre el capital y el trabajo. Sólo los grandes comerciantes y terratenientes pudientes pueden realizar las inversiones necesarias para la construcción de esos talleres. Sin embargo, por un largo tiempo subsisten dos factores que limitan la posibilidad de su desarrollo en la ciudad. La primera es la dependencia, por el bajo desarrollo tecnológico, de las fuentes de energía o de insumos provenientes de la naturaleza (carbón, minerales, madera, agua, etc). Retomando una terminología actual, ese período se caracteriza por un proceso de pequeña industrialización difusa. El caso más difundido es el de la pequeña industria textil, pero toda la producción manufacturera se inicia de esta manera. La segunda es que la mano de obra disponible forma parte de un numeroso campesinado de autosubsistencia que sobrevive gracias a la combinación de sus magras actividades agrícolas con el trabajo a domicilio o en los talleres artesanales cercanos. Durante un largo tiempo la escasez de mano de obra es una grave limitante para el crecimiento de la producción artesanal y su transformación en manufacturas. Es por eso que desde este período se busca subsanar esta falta de trabajadores gracias al desarrollo de herramientas más eficientes, tendencia que se ampliará luego con la mecanización de la producción (Ibid).

3 El aprendiz vive con la familia del artesano en condiciones miserables y no recibe salario.

Es solamente en la medida en que se resuelven estos dos problemas, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, que la industria puede abandonar el campo para ubicarse en la ciudad. La primera, gracias al invento del motor de combustión que permite mover todo tipo de maquinaria y romperla subordinación de la manufactura con su entorno natural que le proveía la fuerza motriz (viento, agua, combustible) necesaria a su funcionamiento. La segunda, gracias a dos notables cambios en la legislación inglesa que facilitan el crecimiento de la mano de obra disponible para el capital. Primero el cercamiento (enclosure) de las tierras a partir de finales del siglo XV y luego la derogación de las Leyes de los pobres. Si bien los cercamientos se expanden de manera desigual en el país (Mingay, 1963), aceleran el despojo de los campesinos de sus tierras con lo cual liberan mano de obra para el capital industrial y a la vez liberan sus tierras para permitir el crecimiento de la agricultura capitalista (Dobb, 1975).⁴ Más tarde, la cancelación de las Leyes de Pobres promulgadas a partir del siglo XVII para prohibir el vagabundeo de la población sin tierra y mantenerla atada a sus lugares de origen. Además de su aspecto social, estas leyes tienen por objetivo la fijación de la mano de obra en su circunscripción administrativa de origen para abastecer los talleres manufactureros todavía dispersos en pequeñas localidades rurales.⁵ Sin embargo, con la creciente separación de la agricultura (campo) y de la industria (ciudad) gracias al desarrollo tecnológico, al principio del siglo XIX es la manufactura urbana en pleno crecimiento la que padece de una gran escasez de trabajadores. Se plantea entonces la necesidad de cancelar esas leyes, en particular la de domicilio que prohíbe a los pobres salir de su comarca, para facilitar la movilidad de la población rural hacia la ciudad. Es notorio que los principales críticos de las leyes de los pobres son los economistas clásicos, en particular Smith, Malthus y Ricardo, que argumentan que se oponen a la libertad de circulación, favorecen la holgazanería y limitan la competitividad (Himmelfarb, 1988; Castel, 2004). Así, con la derogación de la ley de domicilio en 1834 los menesterosos se ven liberados de su atadura territorial para poder migrar a

4 El cercamiento de las tierras se desarrolla paulatinamente desde el fin del siglo XV durante el período de la dinastía de los Tudores. Consiste en cercar los bienes comunales para su apropiación privada. En general son tierras agrícolas que se transforman en prados ganaderos, esencialmente para la cría del borrego lanar muy demandado por la industria textil naciente. Este proceso de privatización de los bienes comunales se incrementa con el desarrollo de la revolución industrial a la vuelta de los siglos XVIII y XIX.

5 Las Leyes de pobres conforman un sistema de caridad institucionalizada por diferentes medidas legales que se van sumando a lo largo del tiempo, desde el siglo XVI hasta el XVIII. La primera ley oficial de pobres conocida como Ley de Isabel se promulga en el año de 1601. El principio general es que cada parroquia tiene la obligación de recabar fondos para dar sustento a sus pobres que, por su lado, no tienen derecho de vagabundear, o sea salirse de su comarca.

la ciudad y conformar la clase obrera urbana. En adelante las migraciones del campo hacia la ciudad se incrementan constantemente y conforman el principal vínculo entre el espacio rural y el espacio urbano. Mientras no existe una red de comunicación eficiente estas migraciones son de corta distancia pero paulatinamente la capacidad de atracción de la ciudad se amplía, tanto por su mayor demanda de trabajo como por la expansión de la red ferroviaria, con lo cual los flujos migratorios son cada vez más extensos. Estos flujos crecen de tal manera que, a pesar del incremento de la tasa de natalidad urbana, durante el auge de la revolución industrial el aumento de la población urbana se debe más a las migraciones que a su crecimiento natural (Redford, 1968).

Durante el siglo XIX la relación entre la oferta y la demanda de mano de obra cambia radicalmente. Por el lado de la demanda, la industria fabril conoce un auge sin precedente gracias al incremento del desarrollo tecnológico. Si bien las innovaciones implementadas suelen ahorrar mano de obra, el crecimiento industrial es tal que la población ocupada también crece constantemente. Por el lado de la oferta el crecimiento demográfico conoce un largo período de expansión de tal forma que no sólo se satisface la demanda de empleo nacional sino que una importante fracción de la población queda desempleada.⁶ Parte de esta población sobrante encuentra salida en la migración internacional hacia las colonias del imperio británico esencialmente hacia los Estados Unidos, país en pleno crecimiento y con una gran necesidad de mano de obra tanto para las necesidades de la industria urbana como para poblar el campo (Massey, 1988).⁷

Si el dinamismo de la revolución industrial inglesa no tiene equivalente es porque se beneficia de tres factores claves: insumos baratos de sus colonias, tecnologías que incrementan enormemente la productividad del trabajo, mano de obra abundante y barata. En ese mismo período Francia tiene la tecnología y la mano de obra, pero, por no tener aún un sistema colonial tan consolidado, no tiene acceso a tantos insumos baratos. Los Estados Unidos, por su lado, se

6 De mediados del siglo XVI a mediados del siglo XVIII la población de Inglaterra crece muy poco (de 3,5 a 5,5 millones) (Dobb, 1975: 268), pero durante el siglo XIX, en gran medida gracias a la disminución de la mortalidad por el mejoramiento de las medidas sanitarias en la ciudad, conoce un verdadero boom demográfico pasando de 9 millones de habitantes en 1801 a 41 millones en 1901. A esto se debe agregar los 15 millones de migrantes que abandonaron su país durante este período para migrar hacia los Estados Unidos y Australia (Simon, 2008: 32).

7 Durante el siglo XIX las migraciones nacionales son mucho más importantes que las internacionales (Redford, 1968). En cuanto a estas últimas, los Estados Unidos absorben 60% de los flujos europeos, mientras otro 25% va hacia Argentina, Australia, Canadá y Nueva Zelanda (Massey, 1988). De 1841 a 1890 migran 12,4 millones de europeos a los Estados Unidos de los cuales 4,3 de Alemania, 3,2 de Irlanda, 1,6 de Inglaterra, 312 mil de Francia (<http://www.latinamericanstudies.org/immigration-statistics.htm>, 15-05-2012).

benefician de un medio natural con una riqueza incomparable, pero padece de una gran penuria de mano de obra que no logrará subsanar sino hasta la primera mitad del siglo XX (Dobb, 1975; Gordon, 2003).

Así nacieron primero las manufacturas normalmente dispersas en el campo, y luego la industria fabril concentrada en la ciudad. A lo largo de este proceso la “industria domestica” y el taller fabril desaparecen de las actividades del campo porque se realizan con mayor eficiencia en la industria urbana. Por su lado, la agricultura aparece ahora como la principal actividad productiva del campo. Siguiendo este desplazamiento de la producción del campo hacia la ciudad, la población rural empobrecida migra definitivamente para conformar la masa de trabajadores necesaria al crecimiento industrial. En esa época, cuando el trabajo vivo es la principal fuente de creación de la riqueza, la concentración de los trabajadores en la ciudad es una condición *sine qua non* para la conformación del capital industrial en ascenso.

En Inglaterra, cuando estalla la crisis de 1929, la división social del trabajo entre campo y ciudad ha culminado: en el campo predomina la agricultura empresarial, en la ciudad la industria. La ciudad “capitalista”, en donde prevalece la relación capital-trabajo, domina el conjunto de la sociedad. La clase obrera se conforma a partir de las migraciones definitivas de todos los desarraigados del campo. El proceso de acumulación originaria, de una violencia social extrema que duró alrededor de tres siglos, ha concluido (Marx, 1975).⁸ Los demás países en vía de industrialización, esencialmente los países europeos occidentales y los Estados Unidos, seguirán este proceso de disociación entre el campo y la ciudad, cada uno con sus particularidades definidas por la historia de sus relaciones sociales (Castel, 2004).

La sociedad industrial

Durante la revolución industrial los procesos de producción se transforman profundamente por la introducción de la maquinaria. Si bien, como lo plantea Marx (1975), el hombre se vuelve una extensión de la máquina, no es menos cierto que, por la complejidad de la maquinaria, el trabajador mantiene a menudo una alta calificación técnica para poder trabajar con ella. Por eso el proceso de aprendizaje puede ser largo para adquirir todas las habilidades propias del oficio. Durante este período, la modernización se concibe como el mejoramiento de la tecnología, sin prestar mucha atención

8 La acumulación originaria consiste en la separación del productor de sus medios de producción y de la consecuente creación del trabajador “libre”.

al proceso de trabajo mismo: hay un incremento de la eficiencia técnica más que organizacional.

A la vuelta del siglo XX, es en los Estados Unidos que surge la preocupación por optimizar el uso del trabajo con el taylorismo luego con el fordismo y el sloanismo. Con la organización científica del trabajo Frederick Taylor plantea dos postulados: primero, separar las tareas de concepción y de realización; segundo, en el ámbito de la realización, descomponer las tareas complejas en una sucesión de tareas simples, fácilmente realizables, que permiten pasar del trabajo calificado al trabajo especializado. Por su lado, en su búsqueda de popularizar el uso del automóvil, Henry Ford agrega a la organización científica del trabajo de Taylor la línea de producción que racionaliza aún más el proceso productivo, incrementando las economías de escala, y permite controlar el ritmo de trabajo del obrero (Coriat, 1982).⁹

La eliminación del trabajo calificado permite incrementar el ritmo de trabajo pero también, en tiempos de escasez de mano de obra como es el caso en los Estados Unidos en esta época, facilita la contratación de los obreros. En particular, se puede contratar los migrantes del campo, y reducir los problemas provocados por la rotación del personal que suele ser muy elevada por las pésimas condiciones del trabajo. También, en un país en pleno proceso de colonización y sin tradición obrera, permite disciplinar con mayor facilidad al trabajador (Siegfried, 1956). Con el taylorismo no sólo se incrementa la productividad del trabajo, sino que el trabajador mismo se vuelve una mercancía fácilmente sustituible lo cual permite presionar los salarios a la baja.¹⁰ Con el Fordismo surge la producción estandarizada en serie así como el consumo masivo que dan lugar a la consolidación de empresas fabriles cada vez más grandes. De la misma manera que la industria textil inglesa fue el ejemplo de la manufactura decimonónica, la industria automotriz norteamericana se vuelve el símbolo del gigantismo fabril del siglo XX con sus miles de obreros trabajando en la línea de producción.¹¹ Este gigantismo fabril se sustenta en las migraciones rurales hacia la ciudad.

9 Paralelamente, la General Motors, dirigida por Alfred Sloan, plantea la posibilidad de aplicar el trabajo en línea con una gama variada de vehículos, para un público con mayor ingreso y más exigente. Para lograrlo se concibe máquinas polivalentes con una mano de obra más calificada. Además, GM implementa políticas organizacionales, comerciales y laborales que le permiten mantener una alta competitividad durante un largo tiempo. Este modelo productivo se conoce como sloanismo. Tanto en el caso del fordismo como del sloanismo lo novedoso es la aplicación sistemática de la organización del trabajo a la producción masiva.

10 De hecho, Taylor plantea la necesidad de pagar los obreros a destajo para incrementar aún más la intensidad de su trabajo.

11 Destaca la industria automotriz en Detroit en donde se encuentran los tres mayores productores: General Motors, Ford y Chrysler.

La mayor aportación del taylorismo y del fordismo, que marcará el proceso de industrialización durante todo el siglo XX, es que la productividad no sólo es el resultado de la tecnificación como lo fue esencialmente durante la revolución industrial, sino también de la organización racional del trabajo.

Después de la crisis de 1929, el fordismo se difunde en los Estados Unidos permitiendo una pronta recuperación del crecimiento nacional, pero su aplicación en los países industrializados europeos (Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y los países nórdicos) es escasa. Cobra importancia después de la Segunda Guerra Mundial con el Plan Marshall para la reconstrucción de la planta productiva destruida por el conflicto bélico, y marca la pauta en el sector industrial hasta la crisis de producción de los años setenta. Si bien el fordismo se vuelve el modelo productivo dominante que marca la pauta de la acumulación, siguen existiendo otros modelos productivos basados en formas de trabajo artesanales o cooperativistas (Piore y Sabel, 1984; Boyer y Freyssenet, 1995). Sin embargo, el fordismo inicia una nueva época en la acumulación de capital basada en un paradigma novedoso que domina la producción industrial: la productividad es el resultado de un aparato productivo combinado con una forma de organización del trabajo.

En el sector industrial, las tecnologías cada vez más sofisticadas junto con formas de organización del trabajo cada vez más precisas inducen un crecimiento productivo nunca visto antes. Los Estados Unidos, en la culminación de su proceso de colonización de su propio territorio, conocen una larga época de bonanza basada tanto en su enorme potencial de recursos naturales (en particular sus tierras agrícolas, sus bosques y su petróleo) como en su capacidad de mecanizar su agricultura y su sector fabril para mitigar su recurrente escasez de mano de obra. Si bien apenas empieza su expansión colonial hacia el exterior, se beneficia de un enorme mercado interno en pleno crecimiento que le asegura un consumo de masa. Impone su predominio económico sobre el mismo imperio británico que acaba de vivir un largo período de bonanza durante la época victoriana (1837-1901). Por su lado, los países del Viejo Mundo, con pocos recursos internos pero con grandes riquezas en sus colonias, se enfrentan a inercias históricas difíciles de resolver, en particular su estructura agraria de origen medieval dominada por la pequeña producción campesina. Además, en su competencia por imponer su hegemonía, atraviesan por dos guerras mortíferas que destruyen su infraestructura productiva. Aún así, y pese a las fuertes variaciones en su crecimiento, logran fortalecerse como países industriales gracias al aumento de su productividad. Luego de la Segunda Guerra Mundial, conocen una rápida recuperación económica (Gordon, 2003). Esta es la tendencia

de estos países durante todo el período marcado por el fordismo, a la cual hay que agregar el importante desarrollo del sector de servicios.

En la agricultura la situación es diferente debido tanto a la inelasticidad de la demanda de productos alimenticios como a las limitaciones del crecimiento agrícola impuestas por la tierra. Su modernización consiste esencialmente en su mecanización, en el uso de agroquímicos y de semillas, mejoradas. La mecanización tiene un fuerte efecto sobre el empleo gracias a la introducción del tractor, que se inicia hacia finales del siglo XIX en los Estados Unidos y se generaliza rápidamente después de la Segunda Guerra Mundial en todos los países industrializados (Dorel, 1985; Lara Flores, 1998).

Así, durante el siglo XX el progreso tecnológico junto con la organización científica del trabajo transforman profundamente los mercados de trabajo que se conformaron paulatinamente a partir del siglo XVI. En primer lugar, por la desaparición de la industria doméstica del espacio rural, por no resistir la competencia de la industria fabril urbana, en segundo lugar, por la mecanización de la agricultura. Inexorablemente, ambos procesos propician la expulsión de la mano de obra rural sobrante, tanto fabril como agrícola, hacia la ciudad. Sin duda, la migración masiva del campo hacia la ciudad es una característica sobresaliente del fordismo.¹²

Es durante este período que aparece el problema de la incontrolada concentración económica y demográfica en unas pocas ciudades, especialmente en las capitales de los Estados. Con ello surgen graves desequilibrios territoriales no sólo entre el campo y la ciudad sino entre las ciudades mismas. La generalización y modernización de los transportes amplía este proceso. Aún en Francia, que conoce durante el siglo XIX un particular proceso de industrialización difusa, en 1947 aparece un estudio premonitorio, *Paris et le désert français* (J.E. Gravier), que denuncia la concentración industrial en la región parisina mientras se deteriora la economía en muchas regiones del país. Es para revertir esta situación, que se juzga inadecuada para el crecimiento nacional, que en el marco de la recuperación posbélica de la economía se inician en los años sesenta las políticas de desarrollo territorial que se centran en la modernización de la infraestructura rural, en particular del transporte y de los servicios. También se intenta promover la descentralización industrial, aunque con resultados poco alentadores (Veltz, 1996). Si bien Francia se exhibe a menudo como un ejemplo

12 En Francia, país que se caracteriza tanto por la importancia de su industrialización difusa durante el siglo XIX como por su amplia agricultura familiar, la población rural es de 74,5% en 1851, de 59,1% en 1901 y de 28,5% en 1975 (Beaujeu-Garnier, 1976: 124), mientras que el éxodo rural entre 1946 y 1982 afecta a 4,5 millones de personas (Robert, 1987, citado por Font, 2000: 42).

de ordenamiento territorial, no es menos cierto que, tarde o temprano, todos los países industrializados promueven la modernización de sus espacios rurales en cuanto el crecimiento de su economía se lo permite. Este proceso se da en los Estados Unidos a partir del New Deal, pero en los demás países industrializados hasta después de la segunda Guerra Mundial. Es una condición previa a la posibilidad de la descentralización industrial propia del periodo de la sociedad del conocimiento.

Sin embargo, a pesar del decrecimiento de la tasa poblacional, la oferta de empleo no es suficiente para absorber la demanda total. La salida a esta situación, aunque en menor medida que en el período anterior, sigue siendo la migración hacia los países poco poblados.¹³ Por su lado, las migraciones sur-norte no son todavía significativas, con la excepción de las históricas migraciones de los mexicanos hacia los Estados Unidos y de la población Hindú hacia Inglaterra.

La producción masiva da señales de agotamiento desde la década de los sesenta con la sobreproducción de productos estandarizados que saturan el mercado y limitan la posibilidad de consumo, el incremento de los stocks y de los costos administrativos, la disminución de la productividad de la mano de obra, etc., de tal manera que, en 1973 con el repentino incremento del precio del petróleo en el mercado internacional que provoca un aumento generalizado de los costos de producción, el proceso de acumulación entra en crisis.

Si bien durante la década de los sesenta del siglo XX los países industrializados modernizan notablemente su infraestructura (Transportes y comunicaciones, electricidad, etc) a nivel nacional, logrando así reequilibrar en buena medida las condiciones de desarrollo entre el campo y la ciudad, es durante esta década que se agota la capacidad productiva del fordismo. Al igual que décadas antes con el taylorismo-fordismo, la recuperación de la productividad industrial se encuentra en la capacidad de incorporar en los procesos de producción tecnologías emergentes nuevas formas de organización del trabajo.

La sociedad del conocimiento

Es otra vez en la industria automotriz que surge el nuevo paradigma productivo que permite trascender los problemas del fordismo. Ahora es la empresa japonesa Toyota la que busca crear un modelo productivo adaptado a su mercado interno, el único al cual tiene acceso en los años de la posguerra, con dos

13 La migración anual media hacia los Estados Unidos es de 621 mil inmigrantes de 1900 a 1930 y de 53 mil de 1930 a 1950. Luego son las migraciones de los países pobres las que predominan (Massey, 1995 y 2003). Ver también Simon, 2008.

características estructurales particulares que no permiten la masificación de su producción. Su punto de partida es que, a falta de poder incrementar la productividad a partir de las economías de escala gracias a la producción masiva, se puede lograr el mismo resultado eliminando los costos propios a la abultada gestión de los stocks y al control del personal inherentes al modelo fordista, así como disminuyendo las inercias en el trabajo propios de la híper especialización del obrero taylorizado gracias a la cooperación entre los trabajadores. Así, mientras el principio rector del fordismo fue la no-comunicación entre los trabajadores y el individualismo en el trabajo, la comunicación y cooperación es la base del nuevo modelo productivo (Veltz, 2002).¹⁴ Al igual que con el fordismo en su momento, el toyotismo se transforma en el único modelo productivo posible para superar la crisis del consumo de masas, pero es un importante referente por su capacidad innovadora que le permitió incorporar con gran éxito a sus procesos productivos las nuevas tecnologías de la informática (TIC) y la robotización, combinándolas con nuevas formas de organización del trabajo, para recuperar la rentabilidad de la empresa.

La generalización de las TIC permite romper con la producción concentrada y masiva, gracias a la creación del trabajo flexible y de las cadenas productivas en red que se basan en la subcontratación con pequeñas empresas autónomas, en particular con las que elaboran las partes menos intensivas en capital. Sin embargo, en el caso de los Estados Unidos se ha demostrado que aún las industrias de punta (high-technology manufacturing) se pueden descentralizar cuando sus procesos de producción se han estandarizado (Barkley, 1988). En un primer momento esta descentralización productiva, también conocida como de industrialización difusa, se da al interior de los países industrializados. Rebase los límites de las periferias de las grandes ciudades no sólo para alcanzar las pequeñas ciudades regionales, sino para penetrar también en regiones rurales que ofrecen buenas condiciones de infraestructura y mano de obra adecuada (Champion, 1989; Keeble, 1989; Font, 2000). Una consecuencia fundamental de este novedoso proceso de contraurbanización, según el concepto apuntado

14 Para lograr este modelo de "lean production", "fábrica ligera" en palabras de Benjamin Coriat, los principales principios del toyotismo son: 1) la flexibilidad laboral, 2) el trabajo en equipo o círculos de calidad, 3) la implicación de los obreros con su trabajo, 4) el suministro justo a tiempo (just-in-time) y, 5) la calidad total, o cero defecto, en el trabajo gracias a un sistema de información que fluye a lo largo del proceso productivo (sistema Andon). Sin embargo, la principal innovación es que mientras en el fordismo los trabajadores deben realizar individualmente, de manera aislada, tareas definidas por el staff de los directivos, el toyotismo plantea la necesidad de la estrecha comunicación entre ellos para lograr un trabajo de conjunto en una cadena de producción altamente robotizada (Coriat, 1992; Womack et al, 1992).

por Berry, es el paulatino acercamiento en la configuración de los mercados de trabajo rurales y urbanos.¹⁵

Pronto, en búsqueda de la contratación de mano de obra siempre más barata, este proceso se extiende a nivel internacional hacia los países pobres que ofrecen condiciones favorables a la inversión extranjera. Sin embargo, es importante señalar que la posibilidad de la descentralización depende del nivel de modernización de la infraestructura alcanzado en las regiones rurales. Como lo señalamos en el inciso anterior, en los países industrializados la modernización del campo se lleva a cabo desde los años de la posguerra gracias al auge económico alcanzado entonces, mientras en los países atrasados, caracterizado por un gran desarrollo desigual, sólo algunas pocas regiones se incorporan a la dinámica del desarrollo. Así, la industrialización difusa puede generalizarse en la gran parte del espacio rural de los primeros países, pero tiene alcances muy delimitados en los segundos.

Si bien a finales del siglo pasado existió una fuerte polémica para saber si se trataba de un simple proceso de dispersión urbana esencialmente periférico a la ciudad (*urbansprawl* y *commuters*) o de un proceso de descentralización productiva que alcanzaba regiones rurales, los datos actualmente disponibles apuntalan claramente hacia la segunda situación.¹⁶ Retomando la formulación de los geógrafos anglófonos, se da un proceso de descentralización, industrial y de los servicios, hacia abajo de la jerarquía urbana (hacia localidades cada vez más pequeñas). De esta manera, se rompe con la vieja ecuación establecida por los demógrafos que establece la existencia de una relación positiva entre el tamaño (o la densidad) de una localidad y su índice de crecimiento (Fielding, 1982; Moseley, 1984).

15 Para el caso de Inglaterra, Hoggart (2007) demuestra que los mercados de trabajo rural y urbano son similares. En ambos espacios el sector más importante en términos del empleo, es el de la manufactura seguido por los servicios, mientras la agricultura no representa que una muy pequeña proporción (6%) del empleo rural. Además, precisa que la estructura generacional y de género en los mercados de trabajo rural y urbano es la misma. Algunos datos sobre el espacio rural francés hacia el final del siglo pasado apuntalan una situación similar: entre 1982 y 1990 en el espacio rural “profundo” (fuera del ámbito económico de una ciudad) la población activa agrícola disminuye en 27% mientras la población industrial crece en 3.3%, en el comercio crece en 16% y en el sector de los servicios a empresas (pequeñas empresas integradas en redes de subcontratación) crece en 39%. En el espacio rural periurbano (incorporado en la dinámica de una red urbana) las tendencias son mucho más marcadas ya que el sólo sector de servicio a empresas crece en 62% (Font, 2000). En el caso norteamericano, debido a una particular tradición ruralista, para fin del siglo pasado sólo el 6% de la población rural trabaja en la agricultura, el resto labora en los sectores secundarios o terciarios (US Census Bureau, Population Division, 2001).

16 En Francia, al inicio de este siglo, mientras el empleo a nivel nacional crece sólo en 3,5%, el empleo rural no agrícola crece en 8% (DATAR, 2003).

Sin embargo, esta vez las nuevas tecnologías y formas de organización del trabajo no resuelven el problema del empleo debido al alto nivel derobotizaci3n alcanzado tanto en la industria como en el sector de los servicios. Adem1s, la hist3rica salida de la poblaci3n sobrante hacia los pa3ses poco poblados se agota porque estos llegaron al l3mite de su capacidad de absorci3n demogr1fica. Por si fuera poco, gracias a la mayor movilidad adquirida por sus poblaciones, ahora predomina la ola migratoria de los pa3ses pobres hacia los pa3ses ricos que conocen un crecimiento exponencial al punto de transformarse en una problem1tica mundial a la vuelta del siglo XX.

Es durante este per3odo que la agricultura vive su mayor transformaci3n porque pierde las caracter3sticas que la hac3a esencialmente diferente del sector industrial en dos aspectos claves estrechamente vinculados: el tecnol3gico y el patrimonial. En cuanto al primero, sus tecnolog3as son cada vez m1s sofisticadas y permiten controlar mejor sus procesos productivos para depender cada vez menos de la naturaleza. Si en el per3odo anterior el proceso de modernizaci3n no pudo desvincular la producci3n agr3cola de su medio natural, ahora podemos hablar del surgimiento de una verdadera industrializaci3n de la agricultura en donde la biotecnolog3a, la inform1tica y los nuevos materiales son tecnolog3as ampliamente difundidas.¹⁷ Este proceso est1 estrechamente controlado por las agroindustrias transnacionales. En cuanto al aspecto patrimonial, los efectos de la modernizaci3n tecnol3gica son tales que propician un notable crecimiento del tama1o de las unidades de producci3n, en buena medida como resultado de la creaci3n de numerosas asociaciones productivas entre productores.¹⁸ En Europa occidental en donde hist3ricamente la agricultura familiar ha tenido una gran importancia, se dan diferentes modalidades de asociaci3n entre peque1os productores, mientras en los Estados Unidos, en donde predomina la gran agricultura empresarial, prevalecen las sociedades an3nimas. Sin embargo, el nivel de tecnificaci3n es tal que, a pesar de este importante crecimiento de la superficie, la agricultura deja de ser esencialmente una actividad

17 Por ejemplo, la llamada "plasticultura" o "agricultura de cubierta" utiliza materiales pl1sticos de alta tecnolog3a que han permitido convertir tierras antes improductivas en tierras de alta productividad. A este respecto, Israel y Holanda fueron pa3ses pioneros, pero esas tecnolog3as se han difundido ampliamente. Un ejemplo de ello es la regi3n des3rtica de Almer3a, Espa1a, que es ahora una de las principales regiones productoras de hortalizas de Europa con una superficie de unas 30 mil ha de invernaderos.

18 En 1960 el tama1o medio de la unidad de producci3n agr3cola francesa es de 16 ha., en 2007 es de 78 ha. Para esa fecha, un poco m1s de la mitad de las granjas son el resultado de asociaciones productivas entre varios productores individuales (Agreste Primeur, n. 215, octubre 2008). En el nivel de mayor concentraci3n surgen sociedades agr3colas que controlan miles de hect1reas en diferentes regiones, incluso diferentes pa3ses de la Uni3n Europea, al estilo de la gran agricultura norteamericana (Hervieu, 1993).

del conjunto de la familia para transformarse en una actividad a tiempo parcial que se combina con la pluriactividad del trabajo familiar fuera de la granja. Este proceso es tan dinámico que la parte del ingreso familiar que corresponde al trabajo no agrícola es cada vez más importante.¹⁹

Es también durante este período que se agota el éxodo rural por tres razones: la población agrícola representa ahora una proporción mínima de la población trabajadora total, la industria que sigue localizada en la ciudad no necesita más de este flujo de mano de obra para crecer, una parte cada vez más importante de la actividad industrial y de servicios se descentraliza hacia las zonas rurales para encontrar mejores condiciones de rentabilidad.²⁰ Si el empleo agrícola baja fuertemente durante la segunda mitad del siglo XX, también la demanda de empleo en el sector industrial es poco dinámica mientras es el sector de servicios el que más crece. A partir del agotamiento del fordismo, en todos los países industrializados la tasa de desempleo mantiene una tendencia a la alza hasta alcanzar niveles peligrosos durante la primera década del siglo XXI.²¹

La hypermodernidad de la sociedad

Desde los trabajos de James Steuartsobre la división del trabajo se acepta que el espacio industrial es propio de la ciudad mientras en el espacio rural domina la agricultura. Si bien hubo, y hay hasta la fecha, amplias discusiones sobre el concepto de división social del trabajo, nadie ha puesto en duda que provoca inevitablemente la migración de la población rural sobrante hacia la

19 En el conjunto de las granjas de Europa occidental, 59% dependen casi exclusivamente del trabajo familiar, mientras en la mitad de ellas el ingreso agrícola representa sólo el 30% del ingreso total del hogar (Mackinnon et al, 1991). En los Estados Unidos, ya en 1978 se reporta que 55% de las granjas son pluriactivas con más de 100 días de trabajo fuera del predio (Dorel, 1985; Buttel, 1982).

20 Para el caso francés, Font (2000) señala que a partir de 1975 se puede considerar que el éxodo rural ha terminado porque el saldo migratorio nacional rural-urbano es favorable a las regiones rurales. En 1982 sólo trece departamentos (de noventa y seis) tienen un saldo migratorio negativo, todos ubicados en el centro del país (región de sierra semi-árida), mientras en más de la mitad de los departamentos la población rural crece. En la década de los ochenta, la periurbanización absorbe la mitad del crecimiento de la población rural, el resto corresponde a las regiones alejadas de las ciudades. En 1990, el crecimiento demográfico rural atañe a 90% de los departamentos.

21 Al inicio de los años setenta en Francia, o sea al final del período de crecimiento económico de la posguerra, el desempleo se encuentra en 3%, sube hasta casi 10% en los noventa y baja un poco (7-8%) durante la primera década del siglo XXI. La situación es similar en todos los países de Europa. En 2012, los dos extremos son España con más de 25% de desempleo y Alemania, el país con mayor crecimiento económico, con 6%. En USA, a inicios de los noventa el desempleo sube a 8%, y si bien baja un poco a la vuelta del siglo, a partir del 2006 se ubica también en 10% (<http://epp.eurostat.ec.europa.eu>; *france-inflation.com*, 21-11-2012).

ciudad. Por población sobrante se entiende tanto a la que ya no encuentra trabajo en el sector fabril rural, por su incapacidad de competir con la industria urbana, como en la agricultura, por su modernización. En esta perspectiva, se supone que la migración de la población rural hacia la ciudad es un fenómeno inherente al capitalismo. El límite a esta migración está representado por las necesidades en mano de obra de las actividades agropecuarias y forestales así como por la existencia de un restringido sector de la población urbana con residencias secundarias o por los *commuters*.

En contraposición a este planteamiento, en este trabajo intentamos poner en evidencia que la relación campo-ciudad está definida por la forma dominante de producción industrial y que, por lo tanto, esta relación cambia profundamente con el desarrollo del capitalismo. De esta constatación desprendemos cuatro ideas esenciales. La primera es que la base de la división social del trabajo no sólo se encuentra en el desarrollo tecnológico sino en su combinación con cierta forma de organización del trabajo, y que si bien no es unívoca existe en cada período del desarrollo capitalista (revolución industrial, sociedad industrial y sociedad del conocimiento) una tendencia que marca la pauta en la evolución de los mercados de trabajo. La segunda es que con la revolución industrial y el fordismo la tendencia en la relación campo-ciudad es la concentración de la industria en la ciudad, pero que con la producción flexible es hacia la desconcentración, o descentralización, de la industria hacia las zonas rurales gracias a la aplicación de las TIC a las cadenas productivas, tanto en la industria como en los servicios y en la agricultura. Por lo tanto, si bien durante un largo período se concentra la población en la ciudad, con el predominio de la producción flexible y en redes productivas la tasa de crecimiento de la población rural es superior a la tasa del crecimiento urbano. En consecuencia, durante el fordismo la población rural disminuye a causa de la migración hacia la ciudad y se concentra paulatinamente en la agricultura hasta que el espacio rural se confunde con la actividad agropecuaria-forestal. Sin embargo, a partir de la producción flexible, la población rural se diversifica a tal punto que hoy predomina el trabajo en el sector de los servicios, luego en el sector secundario, mientras la población ocupada en el sector primario ocupa un muy modesto tercer lugar. La tercera es que no sólo la agricultura se vuelve una actividad entre otras en el campo, sino que se combina estrechamente con otras actividades no agrícolas porque la pluriactividad de las empresas familiares es la estrategia más eficiente para mejorar su nivel de vida. De esta manera, no sólo los tres sectores de la economía (primario, secundario y terciario) comparten el mismo mercado de trabajo

sino que los mercados de trabajo rurales y urbanos se asemejan cada vez más. La cuarta idea es que la histórica homogeneidad social propia de la vida pueblerina centrada en la producción agrícola y anclada en lo local hace implosión con la industrialización difusa para dar paso a una sociedad rural diversificada y abierta hacia el exterior, similar a la sociedad urbana.

Así, las nuevas tecnologías de la información y comunicación no sólo provocan una verdadera mutación en la relación campo-ciudad porque la tradicional diferenciación entre ambos espacios construida a partir de la revolución industrial se desvanece, sino que revolucionan las nociones mismas de tiempo y espacio (Veltz, 1996). Si las diferencias entre el espacio rural y el espacio urbano fueron socialmente construidas a partir del inicio del capitalismo y hasta el ocaso del fordismo, es posible que las diferencias que las caracterizarán en el futuro se deban más a sus rasgos naturales que sociales. Por lo pronto, retomando la propuesta de Copus (2001) sobre la necesidad de pensar en conceptos espaciales, proponemos que si la modernidad se caracteriza por la separación de la ciudad del campo y el dominio de la primera sobre el segundo, la hipermodernidad puede definir la situación actual de los países industrializados caracterizada por el acercamiento de las condiciones de desarrollo en ambos espacios.

Referências

- BARCKLEY, David L. The Decentralization of High-Technology Manufacturing to Nonmetropolitan Areas. *Growth and Change*, v. 19, n. 1, 1988, pp. 13-30.
- BENJAMIN, Catherine, The Growing Importance of Diversification Activities for French Farm Households. *Journal of Rural Studies*, v. 10, n. 4, 1994, pp. 331-342.
- BERGER, Alain, *La nouvelle économie de l'espace rural*. Paris, Cujas, 1975.
- BERRY, Brian J. L. The Counterurbanization Process: Urban America since 1970. *Urban Affairs Review*, Sage, v. 11, 1976, pp. 17-30.
- BOYER, Robert e FREYSSINET, Michel. *L'émergence de nouveaux modèles industriels: problématique et démarche d'analyse*. Acte du GERPISA, n. 15. Université d-Evry-Val d'Essonne, 1995.
- BUTTEL, Frederick H. The Political Economy of Part-time Farming. *GeoJournal*, v. 6, n. 4, 1982, pp. 293-300.
- GRAMMONT, Hubert C. de. Nueva ruralidad. ¿Un concepto útil para repensar la relación campo-ciudad en América Latina. *Revista Ciudades*, RNIU, n. 85, jan.-mar. 2010, pp. 2-6.
- CASTEL, Robert. *Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires, Paidós, 2004 [1997].

- CHAMPION, Anthony. The Changing Nature of Urban and Rural Areas in the United Kingdom and other European Countries. In: *Population Distribution, Urbanization, Internal Migration and Development: An International Perspective*. United Nations, 2011, pp. 144-160.
- CHAMPION, Anthony. Counterurbanization in Britain. *The Geographical Journal*, Wiley Blackwell, v. 155, n. 1, 1989, pp. 52-59.
- CLOKE, Paul e GOODWIN, Mark. Conceptualizing Countryside Change: from Post-fordism to Rural Structured Coherence. *Transactions*, Institute of British Geographers, v. 17, 1992, pp. 321-336.
- COPUS, Andrew K. From Core-periphery to Polycentric Development: Concepts of Spatial and Aspatial Peripherality. *European Planning Studies*, v. 9, n. 4, 2001, pp. 539-552.
- CORIAT, Benjamin. *Penser à l'envers. Travail et organisation dans l'entreprise japonaise*. Paris, Christian Bourgois, 1992.
- CORIAT, Benjamin. *Latelier et le chronomètre*. Paris, Christian Bourgois, 1982.
- DATAR. *Quelle France rurale pour 2020?*. Paris, Ministère de la fonction publique, de la reforme de l'État et de l'aménagement du territoire, 2003.
- DOBB, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1975 [1946].
- DOREL, Gérard. *Agriculture et grandes entreprises aux États-Unis*. Paris, Económica, 1985.
- DURKHEIM, Emile. *De la division du travail social*. Paris, PUF, 1967 [1893].
- FERRÁS SEXTO, Carlos. Is the Counterurbanization Process a Chaotic Concept in Academic Literature?. *Geographica Panonica*, v. 13, n. 2, 2009, pp. 53-65.
- FIELDING, A. J. Counterurbanisation in Western Europe. *Progress in Planning*, Great Britain, Pergamon Press, v. 17, n. 1, 1982, pp. 1-52.
- FIELDING, A. J. *Population Redistribution in Western Europe: Trends 1950-80 and the Debate about Counterurbanisation*. Stirling, Paper Brit/Sect. Reg. Sci. Assoc., 1987.
- FIELDING, A. J. Migration and Urbanization in Western Europe since 1950. *Geographical Journal*, Wiley Blackwell, v. 155, n. 1, 1989, pp. 60-69.
- FONT, Édouard. *Les activités non agricoles dans la recomposition de l'espace rural*. Paris, L'Harmattan, 2000.
- FUGUITT, Glenn V. e BEALE, Calvin L. *Population Change in Nonmetropolitan Cities and Towns*. Agriculture Economic Report n. 323. U.S. Department of Agriculture, 1996.
- GARZA, Enrique de la. Notas acerca de la construcción social del mercado de trabajo: crítica de los enfoques económico y demográfico. In: PÁRAMO, Teresa (Coord.). *Nuevas realidades y dilemas teóricos en la sociología del trabajo*, Plaza y Valdés, UAMIzt, 2006, pp. 43-65.

- GOLLAC, Michel. Les dimensions de l'organisation du travail: communications, autonomie, pouvoir hiérarchique. *Économie et Statistique*, v. 224, n. 1, 1989, pp. 27-44.
- GORDON, Robert J. Deux siècles de croissance économique: L'Europe à la poursuite des États-Unis. *Revue de l'OFCE*, Paris, Fondation Nationale des Sciences Politiques, v. 84, n. 1, 2003, pp. 9-45.
- GREENAN, Nathalie. Organisational Change, Technology, Employment and Skills: An Empirical Study of French Manufacturing. *Cambridge Journal of Economic*, Oxford University Press, v. 27, n. 2, 2002, pp. 287-316.
- GRAVIER, Jean-François. *Paris et le désert français*. [s.l.] Le Portulan, 1947.
- HERVIEU, Bertrand. *Les champs du futur*. Paris, François Bourin, 1993.
- HIMMELFARB, Gertrude. *La idea de la pobreza. Inglaterra a principios de la era industrial*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- HOGGART, Keith. The Diluted Clases of Rural England and Wales. *Journal of Rural Studies*, v. 23, n. 3, 2007, pp. 305-317.
- KEEBLE, David. The Dynamic of European Industrial Counterurbanization in the 1980s: Corporate Restructuring or Indigenous Growth?. *Geographical Journal*, Wiley Blackwell, v. 155, n. 1, 1989, pp. 60-69.
- LARA FLORES, Sara María. *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México, Juan Pablos Editor/ Procuraduría Agraria, 1998.
- MACKINNON N., BRYDEN J. M., BELL C., FULLER A. M. e SPEARMAN M. Pluriactivity, structural change and farm household vulnerability in Western Europe. *Sociologia Ruralis*, v. 31, n. 1, 1991, pp. 58-71.
- MAINE, Henry James Sumner. *Ancient Law. Its Connection with the Early History of Society and its Relation to Modern Ideas*. London, Beard Books, 2000 [1861].
- MARX, Karl. *El capital*. Madrid, Siglo XXI, 1975.
- MASSEY, Douglas S. International Migration and Economic Development in Comparative Perspective. *Population and Development Review*, v. 14, n. 3, 1988, pp. 383-414.
- MASSEY, Douglas S. The New Immigration and the Meaning of Ethnicity in the United States. *Population and Development Review*, v. 21, n. 4, 1995, pp. 631-652.
- MINGAY, Gordon E. The "Agricultural Revolution" in English History: A Reconsideration. *Agricultural History*, Agricultural History Society, v. 37, n. 3, 1963, pp. 123-133.
- MOSELEY, Malcolm J. The Revival of Rural Areas in Advanced Economies: A Review of some Causes and Consequences. *Geoforum*, Great Britain, v. 15, n. 3, 1984, pp. 447-456.
- MURDOCH, Jonathan. Networking Rurality: Emergente Complexity in the Countryside. In: CLOKE, MARSDEN, MOONEY (Eds.). *Handbook of Rural Studies*. SAGE, 2006, pp. 171-184.

- NELSON, Peter B., OBERG, Alexander e NELSON, Lise. Rural Gentrification and Linked Migration in the United States. *Journal of Rural Studies*, v. 26, n. 4, 2010, pp. 343-352.
- PIORE, Michael J. e SABEL, Charles F. *Les chemins de la prospérité*. Paris, Mutation, 1984.
- REDFIELD, Robert. *The Little Community. Peasant Society and Culture*. Chicago, The University of Chicago Press, 1960.
- REDFORD, Arthur. *Labour Migration in England 1800-1850*. New York, Augustus M. Kelley, 1968.
- SIEGFRIED, André. L'esprit et les méthodes de la production industrielle aux Etats-Unis. *Norvois*, v. 10, n. 10, 1956.
- SIMON, Gildas. *La planète migratoire dans la mondialisation*. Paris, Armand Colin, 2008.
- STEUART, James. *An Inquiry into the Principles of Political Economy*. Printed by A. Millar and T. Cadell, 1767. Disponível em: <<http://www.marxists.org/reference/subject/economics/steuart/>>.
- VARTIAINEN, Perttu. Counterurbanisation: A Challenge for Socio-theoretical Geography. *Journal of Rural Studies*, v. 5, n. 3, 1989, pp. 217-225.
- VELTZ, Pierre. *Des lieux et des liens*. La Tour-d'Aigues, Éditions de l'Aube, 2002.
- VELTZ, Pierre. *Mondialisation, villes et territoires*. Paris, PUF, 1996.
- WOMACK, James P., JONES, Daniel T. e ROSS, Daniel. *La máquina que cambio el mundo*. Madrid, MIT/McGraw-Hill, 1992.

Recebido em: 28/03/2014

Aprovado em: 14/04/2014

Como citar este artigo:

GRAMMONT, Hubert C. de. La urbanización del espacio rural en los países desarrollados. *Contemporânea – Revista de Sociologia da UFSCar*. São Carlos, v. 4, n. 1, jan.-jun., 2014, pp. 61-83.